

Luciano no pudo resistir al deseo de la asamblea; el llamamiento nominal fué puesto á votos y adoptado. La mocion pasó por unanimidad, y los conjurados mismos, cogidos en el lazo que ellos habian armado, no se atrevieron á suspender el prestar juramento de fidelidad á una constitucion que ecababan de destruir.

Las mismas escenas tenian lugar en el consejo de los antiguos. Se preguntaba por todas partes el inminente peligro que habia motivado el decreto dado á propuesta de la comision de los inspectores. Cornet trató de responder, y Cornudet observó que antes de deliberar cosa alguna, debia asegurarse si el consejo de los quinientos se habia reunido en mayoría en San Cloud, y si el directorio ejecutivo ocupaba su

puesto. Se enviaron dos mensajes sobre este insidioso aviso, y se suspendió la sesion mientras volviesen las respuestas; pero muy luego se volvió á tomar. Despues de una officiosa mentira concertada de antemano con Lagarde, secretario del directorio, se vino á anunciar inmediatamente que los cuatro directores habian hecho su dimision, y que Sieyes, el quinto, habia sido destinado por Bonaparte á vigilar por la seguridad del cuerpo legislativo. ¡Pues ya no hay directorio!... dijeron muy alegres los conjurados; pero los republicanos reclamaron al momento la ejecucion de la constitucion, y que se diese parte al consejo de los quinientos, á fin de que pudiese proceder al nombramiento de una lista decupla de candidatos para reemplazar á

los que habian hecho dimision. Los de la oposicion no se atrevieron á poner objecion alguna, y se adoptó.

Entónces Bonaparte, seguido de una parte de su estado mayor, se presentó en la barra; rechazó el nombre de dictador, con que se habia ya tratado de asustar al pueblo, y protestó de su adhesion á la república. Habló de libertad y de igualdad, y un diputado llamó su atencion diciendo que no hacia mencion de la constitucion: « ¡La constitucion! repitió con furor, vosotros la habeis violado el 18 del fructidor, el 22 del floreal y el 30 del prerial. La constitucion es invocada, y al mismo tiempo violada por todas las facciones. No puede ser para vosotros un medio de salud, porque ninguno la respeta. »

Despues de este momento de cólera, trató de tomar el tono de la moderacion que le convenia para sus designios, y habló mucho tiempo sin concluir. Acusó á Barras y Moulins de haber querido arrastrarle á una conspiracion anárquica. Amenazó indecentemente al consejo de los quinientos, y llegó hasta decirles: « Si alguno pronunciase contra vuestro general las palabras de *fuera de la ley*, que los rayos de Marte le despedazen inmediatamente, y no os olvideis de que el dios de la guerra y el de la fortuna me acompañan. »

Se le pidieron pruebas de sus aserciones, y continuó su declamacion, volviendo sin cesar á la necesidad de destruir la constitucion y de obrar sin esperar el consentimiento del consejo

de los quinientos. Varios arengadores vendidos viniéron á apoyar al general. Cornudet repitió las aserciones de Bonaparte, votando al mismo tiempo por grandes medidas de salud pública, y Cornet le ayudó. Una parte del consejo aplaudió; la mayoría, indecisa y alarmada, esperaba en un profundo silencio el éxito de los acontecimientos. Bonaparte salió, y la discusión volvió á empezar.

Los conjurados, del mismo modo que en el consejo de los quinientos, querian deliberar inmediatamente, y Alfonse los interrumpió por la moción de renovar el juramento de fidelidad á la constitucion del año III. Respondió con energía, aunque sin faltar al tono de moderacion, á las declamaciones é injurias del general, y su dis-

curso lleno de sabiduría y dignidad fué acogido por rumores. Cornudet le replicó tratando de afear los principios constitucionales que calificó de abstracciones funestas que iban mas lejos que lo que convenia, y de las que no se debia dejarse arrastrar. ¡Digna conclusion del discurso! Pidió la caída del gobierno establecido, y uniéndose una pesada hipocresía á confesiones demasiado claras, se atrevió á decir que el nombre de directorio no podia ya existir en el código de la libertad. Se empeñaron vivos debates, pero el tumulto que reinaba fuera, los gritos de *viva Bonaparte* dados por los soldados, y los pasos de caballos y granaderos impidieron que se deliberase cosa alguna.

Mientras tanto acababa el consejo

de los quinientos de recibir una carta de Barras, en la que, despues de haber anunciado que daba su dimision, concluia por algunas frases equivoacas que parecian designar á Bonaparte por el gefe futuro del estado. Un paso semejante no podia ser voluntario, y debia ser á lo menos el resultado de una intriga. Muchos representantes querian asegurarse de la autenticidad de la carta, y otros trataban de hacer vigorosas propuestas contra Bonaparte, á quien se atribuian todas estas medidas, cuando se presentó en la barra con algunos granaderos. Al aparecerse el general armado y rodeado de baionetas en el seno de la representacion nacional, todos los miembros del tribunal se estremecieron, y casi todos se levantaron para

dirigirle vivas interpelaciones: «¿Que es lo que haceis, temerario?» gritó Bigonnet. «Es esto para lo que has vencido!» anadió Destrem. «¿Retiraos, violais el santuario de las leyes!... ¿Fuera el tirano!... ¿Fuera el dictador!... Fuera el Cromwel!...» y otros gritos semejantes fuéron proferidos con violencia. Los representantes se precipitaron en masa al medio del salon como para disputar la entrada al guerrero y sus satélites.

Bonaparte, segun todas las memorias de aquel tiempo, se turbó; y este hombre que despreciaba el cañon en el campo de batalla, no pudo sostener las tachas y amenazas legales de los legisladores. La palabra de *fuera de la ley* asustó al que no habia conocido el miedo en cien combates: su conmo-

cion fué notada por todos los representantes, y efectivamente estaba aterrado; sus granaderos le arrastraron fuera del salon, é inmediatamente, en medio de sus compañeros de armas, sintió reanimarse su energía.

Mientras que su hermano volvía del espanto, Luciano Bonaparte, presidente del consejo de los quinientos, trataba de calmar la agitación causada por la presencia del general, y hacia por justificarle, asegurando que se ignoraban sus verdaderas intenciones. Protestaba de su respeto por los representantes del pueblo, y sin embargo se hacían, unas tras otras, proposiciones contra él. Se reclamaba poner á votos el decreto de *fuera de la ley* contra Bonaparte. Luciano quería prevenir esta formidable prueba;

suplicaba, conjuraba, y hacia mocion sobre mocion para alejar el fatal decreto, pero no se le oía ya. En fin pidió que el general fuese llamado al seno del consejo para defender por sí mismo su causa. El sitio fué ocupado algun tiempo por Chazal; y Luciano, en la tribuna, intentó que no se tomasen resoluciones extremadas, y se sucedieron muchas veces los oradores. Ninguno se atrevió á tomar la defensa de los conjurados; los republicanos triunfaban, y el decreto se iba á poner á votos: inmediatamente Luciano vuelve á la silla, y renovando sus instancias, solo espera ganar tiempo. Gritaron por todas partes: ¡A votos el decreto de *fuera de la ley* contra el general Bonaparte! Luciano dió entonces su dimision; pero sin dejar el si-

tial, depositó con lentitud las insignias de su dignidad. Mientras este tumulto Bonaparte habia hablado á los soldados, é inmediatamente las baionetas brilláron de nuevo en la entrada del salon. Varios granaderos tomaron á Luciano, y le pusiéron en seguridad entre las filas de los satélites de su hermano, y tenian necesidad de él para animarlos. Acasó estos hombres no se hubieran atrevido á invadir los bancos de la representacion nacional, si su presidente mismo no hubiese venido á incitarlos á este crimen, y fué engañando á los soldados, como se verificó el grande escándalo del 18 del brumario. Luciano se atrevió á decir que la mayoría estaba oprimida, y representó los diputados del pueblo como dominados por los puñales de los facciosos:

« Marchad, añadió, los verdaderos representantes me han seguido, y los que quedan en el salon del naranjal son asesinos. Que la fuerza los arroje de un recinto que han profanado.» A pesar de estas mentiras officiosas, la presencia de su general y la de todos los gefes que los habian conducido á la victoria, los soldados titubeaban. Ultrajar á los representantes del pueblo les parecia aun el mayor de los atentados, y estuviéron en el momento de negar su asistencia. Luciano, por vencer sus escrúpulos, sacó la espada, exhortó á los soldados, prometió fidelidad á la patria y á la libertad, y juró al mismo tiempo que traspasaria el primero el corazon de su hermano, si alguna vez vendia sus deberes y los intereses de la Francia. Con este discurso los sol-

soldados se conmovieron : Murat se aprovechó de esta disposición, les arengó á su turno, se puso á su cabeza, los precipitó al seno de la representación nacional, y se atrevió á mandar arrojándolos contra los diputados : ¡ Paso de carga ! ¡ Baionetas al frente ! y fué obedecido. Los diputados respondieron por los gritos de *¡ viva la república ! ... ¡ viva la constitución ! ...* Los soldados los acosaron á la otra extremidad del salón, haciéndoles retrogradar delante de una berja de hierro. Para huir de la muerte, no quedaba á los diputados otro recurso que la huida. Se salvaron por las ventanas del naranjal al jardín del palacio, y se separaron gritando aun *¡ viva la república !* pero el crimen triunfaba, y la última hora de la libertad había sonado.

CAPITULO II.

§ I. Resultado del 18 del brumario. — Consules provisorios. — Comisiones legislativas. — Proscripciones.

No era suficiente á los conjurados haber disuelto por la violencia el consejo de los quinientos. Los miembros republicanos de los dos consejos podían aun reunirse en París, tirar el cañon de alarma, llamar los ciudadanos á defender sus derechos, y volver á empezar la revolución contra los nuevos opresores.

Bonaparte y sus partidarios estaban casi seguros de dominar los antiguos; es verdad que en esta asamblea la mayoría era constitucional, pero era débil, y se dejaba manejar por una memoria turbulenta, que hacia cuanto